



Homenajes y Encuentros:
Para conocer a los/las escritores/as
del Bilbao Metropolitano



*Omenaldiak eta Topaguneak:
Bilboaldeko idazleak ezagutzeko*

Homenaje a la escritora Virginia Martínez del Castillo
Virginia Martínez del Castillo idazleari omenaldia
Bilbao, 10 de junio de 1998



- Juan Infante (Presidente de la Sociedad El Sitio)
- Joseba Inchaurreaga (Concejal delegado de cultura del Ayuntamiento de Bilbao)
- Virginia Martínez del Castillo
- Ricardo Miralles (Profesor de la UPV-EHU)
- Marta Brancas (Investigadora)

Presentación biográfica de Virginia Martínez del Castillo

Marta Brancas Escartín

En 1982 celebramos aquí, en ésta misma sala de Bidebarrieta, el 50 aniversario del voto femenino¹, la puerta de entrada oficial de las mujeres a la política. Entonces no sabíamos la repercusión que éste hecho tuvo en Bilbao, y menos aún en la Sociedad El Sitio, ni conocíamos cómo se tomaron las bilbaínas éste hecho. Hoy -nunca es tarde si la dicha es buena- tenemos esa oportunidad a través de Virginia Martínez del Castillo.

Virginia fue una pionera en su tiempo por ser la primera socio mujer de la -hasta entonces masculina- Sociedad de El Sitio. Además, doña Virginia, hoy, sigue siendo una pionera. Sin ir más lejos es la primera mujer que se presenta en Bidebarrieta en el ciclo sobre los escritores bilbaínos, por donde han pasado ya varios escritores, todos varones. Es más, su presencia ha hecho modificar el título del programa, que ahora es “Para conocer a las escritoras y escritores de Bilbao”. Celebramos éste cambio fruto de la realidad incontestable de la existencia de escritoras, tanto hoy como ayer.

En primer lugar, algunos datos para situar la biografía de doña Virginia Martínez del Castillo, a quien sus amigas y amigos llaman cariñosamente Kiny. Virginia nació en 1914 en Bilbao. Su familia vivió primero en la calle Astarloa y posteriormente se trasladaría a la calle Amistad, casi esquina con Villarías. Aquel paisaje marcó la infancia y adolescencia de Virginia: la ría y el trasiego de los barcos en el Arenal y los muelles serán los espacios donde transcurrirán muchos de sus relatos literarios.

Allí, junto a la ría, en el Ensanche bilbaíno, vivió la Primera Guerra Mundial, o Europea, como suele llamársele. Guerra y acontecimientos bélicos que le acompañarán durante la parte más importante de su juventud, marcándole definitivamente. Ella, ingenua niña precoz, supo distinguir los países, generales y batallas de aquella primera guerra, que en realidad para ella fue literaria, objeto de fantasías alejadas del terror. Quien le iba a decir que sería la protagonista de semejantes horrores pocos años después.

En la novela “La tumba del Heteo” (176-77 y 78) de Virginia Martínez del Castillo tiene lugar un diálogo entre un soldado y uno de sus mandos, en los años 20 aproximadamente, que tiene interés en cuanto expresa una concepción de la guerra:

¹ Formamos una Comisión bilbaína para su celebración las historiadoras Mercedes Ugalde, Pilar Pérez Fuentes y yo misma.

A poco, se licenció Abel; el comandante pretendió retenerlo:

-¿Por qué no te reenganchas? -le dijo.

-¡Qué disparate! Si no veo la hora de terminar con esto.

-¿Tan mal te ha ido?

-No, mi comandante; al contrario, he estado muy bien y Ud. se ha portado maravillosamente, le estoy muy agradecido.

-Pues, quédate. Tú, podrías hacer carrera. Llegar a brigada es fácil. Después... ¡quién sabe! Hay quien llega a general desde corneta.

Abel se rió.

-Fabricaremos una guerra, para que yo ascienda, ¿no? No, mi comandante, el ejército no es para mí. No me gusta, no soy militarista.

-¿No? Pues, el ejército es necesario. Imprescindible, diría yo.

-No, señor; perdone, pero opino todo lo contrario. Si no hubiera ejércitos, no habría guerras.

-Hombre, bastaría con que hubiera una sola nación con espíritu militar; se tragaría a todas las demás.

-De acuerdo, pero los ejércitos están formados por hombres. El día en que ningún hombre quiera pelear, no habrá naciones que puedan entrar a saco en las otras.

-Utopía, hijo, eso no llegará.

-No lo veremos, ni Ud. ni yo, pero ¿por qué no ha de llegar? Alguna vez adquirirá la Humanidad el sentido común. Yo, no soy ni un granito de arena en la inmensidad de los mares, pero, con granitos de arena se hacen las montañas.

-Pues hay para rato, muchacho.

-Por algo se empieza... Y no olvide el poder del pensamiento. Todos los hechos reales han existido antes en la mente de un poeta, de un filósofo.

-Y tú eres el filósofo y el poeta.

-No; me conformo con ser el granito de arena y me voy. No sirvo para militar; no me gusta mandar, ni que me manden.

-¡A que vas a ser anarquista!

-Pues, mire, no sería mala cosa. Si fuésemos capaces de conducirnos bien, sin necesidad de leyes coactivas, sería señal de que, al fin, habíamos progresado.

-Pero, hoy por hoy, los anarquistas sólo saben poner bombas.

-Yo pensaba en la etimología de la palabra.

-Tú, piensas muchas tonterías.

-Hoy parecen tonterías, ¿está seguro de que lo serán siempre?

-¿A mí qué me importa lo que será, o no será, dentro de mil años?

-Pues si todos hubiesen pensado así, aún estaríamos en las cavernas. A mí, sí me importa lo que será dentro de dos mil años.

*-Ésa es preocupación de tontos.
 Pero, gracias a Dios, ha habido unos cuantos tontos a lo largo de la historia. Buda, Cristo, San Francisco de Asís...
 -¿Te quieres callar? Aún estás bajo mis órdenes, ¿a que terminas en un calabozo?
 -A la orden, mi comandante.
 Se echaron a reír y se dieron la mano; los hombres decentes siempre son parientes, aunque no piensen igual.*

Disculpen ésta larga cita pero creo que se precisaba para introducir un complejo concepto de antimilitarismo, muy actual hoy en día. En la escritora me choca la mención a Cristo y a Buda, por ser personajes religiosos, aspecto éste al que luego volveremos.

Aprendizaje femenino infantil

Seguimos con la biografía de Virginia. Como ha sido costumbre en Bilbao, y en parte aún sigue siéndolo, a las jóvenes bilbaínas de la burguesía se las ha dotado de una buena educación musical. Tradición ésta que ya está bastante documentada en el siglo XVIII, pero que procede de antes, de cuando las religiosas, encerradas forzosamente en clausura, tenían sus propias músicas y cantos como parte intrínseca de su actividad oratoria. Y si me apuran, ellas se apoyaban sobre la experiencia de las llamadas freylas y beatas pre-tridentinas.

El caso es que hace 200 años se contemplaba la educación musical femenina como una parte de la dote de las jóvenes casaderas, les confería más valor en el mercado matrimonial y era una actividad que no requería salir de casa para desarrollarla. La casa, el lugar de la mujer. Muchas clases eran particulares en los domicilios, y posteriormente podía adornar, animar y dar brillo a las reuniones y veladas musicales familiares y de compromiso.

Otra cosa diferente era dedicarse profesionalmente a ello. Como fue el caso de Emma Chacón, quien, a principios de este siglo, a pesar de ser una estupenda compositora e intérprete, nunca pudo salir definitivamente de su status de Ama de Casa, por los condicionamientos sociales que todavía pesaban sobre las mujeres músicas. Llegó a componer una opera romántica que se radió por Radio Bilbao. Trabajaba con otras mujeres que hacían las letras de sus canciones (lieders) e interpretaban o cantaban su música.

El caso es que Virginia, excepcionalmente dotada, logró, desde su más tierna infancia, que le enseñaran música, aprendiendo el solfeo y las notas de forma intuitiva, casi sin llegar al teclado por su escasa estatura infantil. Después de su preparación personal, tiempo tuvo de ir al Conservatorio y revalidar lo aprendido. Luego vino la carrera de piano. Y Virginia tocó en casa, pero también interpretó en público. Asombraba y escandalizaba a su madre cuando en sus viajes o visitas Virginia se sentaba en el piano y deleitaba incluso a desco-

nocidos que acababan sentándola en sus rodillas y ofreciéndole regalos. Asombraba también en estos mismos salones de Bidebarrieta, que en tiempos de El Sitio eran salas de reunión, de cenas de gala, y de bailes. Siempre había un piano y ella, acompañando a su padre, que era directivo de la Sociedad, ‘hacía música’ mientras ellos conversaban. Todos los socios le conocían y le apreciaban. Mucho antes de ser socia, ella era la única mujer que pisaba estos salones.

También estuvo muchas horas Virginia en la biblioteca de El Sitio. Maravillosa biblioteca “donde una podía encontrar de todo. Desde lo último en literatura hasta la revista japonesa de oceanografía más especializada. Si no lo tenían lo pedían y había servicio de préstamo”. Conociendo un poco los fondos bibliográficos de la biblioteca de Bidebarrieta es posible apreciar que tuvieron una sensibilidad especial en adquirir obras de mujeres. Por ejemplo, es posible leer los originales de las obras de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda que visitó Bilbao y que entabló amistad con la poetisa Matilde Orbegozo.

Hablando de letras, la escritora que hoy presentamos aprendió las letras también precozmente, como la música. Pero ella no era una niña común y corriente. ¿Pueden imaginar qué palabra aprendió la primera?. Pensarán que mamá, papá. Pues nó. Ella aprendió las letras para deletrear la palabra “Liberal”. “El Liberal” era el periódico diario bilbaíno que siempre estaba en su casa. Poco después se zambulló en la biblioteca familiar leyéndosela entera poco a poco y viendo los preciosos grabados, tumbada en el suelo boca abajo.

Las maestras, intelectuales de la época

Sin estar escolarizada, va aprendiendo en su casa, de mano de sus padres y de su abuela maestra, hasta que aprueba, de golpe, todo el bachillerato. Después inicia los estudios en la Escuela Normal de Maestras. Esta escuela de Magisterio femenino tiene mucha historia en Bilbao. Tras 60 años de intento -fracasado- de consolidar una de maestros hombres, se instituyó a comienzos de siglo una Escuela Superior de Maestras, que tuvo un enorme éxito. Fue exclusivamente femenina hasta la II República, la época en que estudió Virginia Martínez del Castillo, en que se implantó la coeducación y entraron los varones.

En la “La tumba del Heteo” hay muchos personajes femeninos, muy bien definidos, no estereotipos, crispados, ni mirados desde fuera, como aparecen los personajes femeninos en muchas ‘miradas masculinas’ no sólo de la literatura, sino de la fotografía y del cine. Entre éstos personajes de Virginia los mejores son los de algunas mujeres maestras, entre las que se contaba su abuela, que fue maestra en Sestao y en la Escuela Municipal Viuda de Epalza, en la calle Tívoli. Maestras que sacaban la familia adelante con su trabajo. En realidad eran las intelectuales de la época.

Como fue maestra María de Maeztu, antes de ser la primera universitaria de Bilbao. Dio clases en las escuelitas de párvulos de Las Cortes a comienzos de siglo, y su madre, Juana Witney, siempre estuvo muy orgullosa de ésta época de María; dijo que había sido su mejor trabajo. Como se sabe, María fundó posteriormente (1915) en Madrid la ‘Residencia de señoritas’ que albergó a las primeras universitarias españolas y fue un gran centro intelectual. Participando en 1926 en la creación del primer Club femenino en Madrid, el *Lyceum Club*, del que fue su primera presidenta, que reunió a muchas intelectuales, como Victoria Kent.

Durante la República, nuestra Virginia estudió Magisterio, por libre una parte, luego oficial. En 1936 aprobó las Oposiciones a magisterio, poca antes de empezar la guerra civil. Habiéndose presentado a las oposiciones por presión de su padre, sin mucho interés porque lo que ella quería era seguir estudiando una carrera universitaria, luego se lo ha agradecido ya que ha sido el magisterio lo que le ha valido tener una pensión en la actualidad.

Durante la guerra, ante la imposibilidad de ejercer en Sestao, en la escuela que le había correspondido, bombardeada continuamente, se fue con los niños/as refugiados a Gran Bretaña, como maestra de un grupo. Dificiles condiciones, porque no le pagaban un salario y no se podía mover. En realidad se ha contado sólo la parte más positiva de éste periplo de maestras y niños vascos, pero también hubo privaciones, discriminaciones y abusos.

Durante su estancia en la Normal, Virginia fue miembro de la FUE, Federación Universitaria Escolar, una organización estudiantil, aconfesional, de la que fue miembro fundadora, en Vizcaya, Aurora Arnaiz, quien luego ocuparía un lugar muy destacado en la ejecutiva nacional de las Juventudes Socialistas Unificadas. De las memorias escritas por Aurora Arnaiz rescatamos un aspecto de la vida cotidiana en Bilbao que ha quedado muy olvidado: cómo se veían y eran vistas las personas agnósticas, llamadas, a veces malintencionadamente, anticlericales. Grupo en el que entra nuestra protagonista, Virginia Martínez del Castillo, y Aurora Arnaiz, así como, en algunos aspectos, algunas Maeztu.

Las ‘judías’ de Bilbao

Aquellos ‘mocosos’, como les llamaban las madres emakumes a los fundadores de la FUE de Vizcaya, eran acusadas de anticlericalismo por las católicas militantes nacionalistas vascas de *Emakume Abertzale Batza* de entonces, la organización femenina más antigua y mayoritaria. Recordemos que los años 20 fueron tiempos de gran violencia en Bilbao y los grupos ideológicos se enfrentaban incluso a tiros. En ello participaban no sólo los anarquistas, como citaba Virginia en su novela, sino los comunistas, los socialistas y los nacionalistas vascos. El enfrentamiento ideológico era muy fuerte. Recuerda Aurora Arnaiz que, en su actividad en torno al Círculo Socialista de la calle San Francisco, las jóvenes tenían que ir acompañadas “con los asiduos Iván, Modesto y Bruno, que se

habían quedado también para protegerlas de los atentados de los nacionalistas, porque con éstos, decían todos, uno no sabe lo que de la manera más inesperada podía ocurrir, y anda que no tiraban al aire. Cazaban a los jóvenes socialistas certeramente parapetados desde las esquinas. ¡Y allá te va! En un santiamén venían las balas sin parar mientes. Y cuando querían darse cuenta de lo ocurrido ya ellos no estaban y podía haber quedado algún malherido. A veces en el momento de disparar te insultaban con el consabido ‘maquetos’ y hasta en alguna ocasión a Palmira y a Luisa (Aurora y su hermana) les soltaron el consabido ‘judíos’”.

Y es que el colmo de todo era que éstas mujeres, jóvenes o no, se metían en política, se vestían libremente cortas, no practicaban los ritos religiosos y ‘estudiaban’. Marimachos, prostitutas, judías, eran algunos de los epítetos usados para criticarles. También recuerda Aurora cómo les consideraban a los de su barrio: “...a las casas baratas de Buenavista (se las llamaba) el barrio judío. La gente las conocía por ese nombre, porque ahí nada de bautizos, ni de primeras comuniones, ni casamientos por la iglesia, ni certificados de defunción eclesiásticos. O sea: nada frailes, curas ni monjas. Al menos en la mayoría de las gentes. Que ya bastante se tenía, decían, con que la Universidad de Deusto, la de los jesuitas, se divisara tan cerca. Y recomendaba el padre: -cuando en los documentos oficiales os pidan religión, escribid agnósticos, o sea, sin conocimientos religiosos, porque sois librepensadoras”.

La cuestión religiosa distinguía a las gentes. La madre de María de Maeztu, Juana Witney, tenía una escuela para señoritas en Bilbao, donde acudió la hermana de Virginia “porque no llevaban uniforme”. Otra forma de expresar que no era religioso. Aurora Arnaiz, también fue al colegio de Juana Witney, después de ir a las escuelas públicas de Santa Clara en Begoña, barrio en el que las monjas -confunde a las Adoratrices con las de los Ángeles Custodios- se dedicaban al “visiteo religioso” en las casas portando colgaduras de la Virgen del Carmen y estampas. Cuando el padre Arnaiz no cedía y les decía que se lo llevaran todo, “era entonces, al retirarse, cuando musitaban aquello de ‘judíos’”.

En la Escuela Pública -a pesar del permiso de la maestra, de los concejales socialistas y del mismo alcalde- todos los días a las once se presentaba el mismo problema; las hermanas Arnaiz pedían permiso para salir al patio antes de que empezara la clase de religión, “pero sucedía que las niñas protestaban y llamaban judías a las hermanas”. Fue entonces cuando se recurrió a Juana Witney, quien “no debía ser muy católica porque en casa de su padre, cónsul inglés en París, se profesaba la religión protestante”. “Había en su colegio un tibio aire liberal y progresista, reconfortante, sin ninguna presión de los condiscípulos, aún cuando, si Luisa y sus familiares se encontraban con varios de éstos en la calle, desviaban la vista para no saludarles, mientras algunos de los padres los miraban con ira concentrada y por lo bajo decían aquello de ‘judíos’”.

Hasta la iglesia católica reforzaba éstos insultos. Por ejemplo, en los Oficios divinos del Viernes Santo, en las parroquias de Bilbao, se pedía por todos los pueblos del mundo, a los que iban citando y arrodillándose para rogar por ellos. Pero al llegar a los judíos los sacerdotes -solían ser varios- no se arrodillaban. Se piensa en la Edad Media como en una época tenebrosa, y ya es sabido que en Bilbao se exigía limpieza de sangre para poder ser vecino de la Villa. No tener sangre musulmana, judía o negra. Sin embargo vemos como el argumento xenófobo siguió operando en el Bilbao de antes de la guerra, ya en nuestro siglo, habiéndose mantenido hasta la actualidad cambiando sus formas.

La finalidad práctica

El caso, para seguir con nuestra protagonista Virginia Martínez del Castillo, es que ella no sufrió ésta pesadilla, librándose al no estar escolarizada y aprender en su casa. Fue su hermana la que acudió al Colegio Maeztu. Otra alumna del Colegio Maeztu fue la madre de la escritora Amelia Ruiz Alvarez que, en su libro recuerda que (su madre) “había tenido una adolescencia muy ocupada, porque, no bien dejó el Colegio Maeztu, se encontró estudiando magisterio, simultaneando con aquél, y con éste, los ocho años de carrera de piano. Después, casi sin darse cuenta, casi sin punto de reposo, se casó recién cumplidos los dieciocho años, y a los veintiuno ya tenía dos hijas”.

Virginia siguió sus mismos pasos escolares pero no se casó joven, ni tuvo hijos por tanto. Tampoco estaba envuelta en actividades políticas de ningún tipo. Se reservaba, tenía ansia de saber, de conocimientos verdaderos. Aunque estaba terminando Magisterio, su objetivo era ir a la universidad y estudiar, incluso, varias carreras. Iba derecha a su objetivo, y lo hubiera conseguido de no ser por la guerra que interrumpió su carrera, su vida. Pero, de no haber medido la guerra, tampoco hubiera sido fácil su camino. Como en Bilbao no había Universidad había que salir fuera a estudiar, normalmente a Salamanca o Valladolid, teniendo problemas en el alojamiento por ser mujeres solas.

Veamos cual fue la experiencia de dos bilbaínas que, poco antes que Virginia, recorrieron el mismo camino. Una es Angela Figuera, que llegaría a ser una gran poeta. Cuando Angela finaliza el bachillerato (en el viejo Instituto de la Plaza de los Auxiliares) en 1924, se le plantea un conflicto familiar. Ella deseaba estudiar Filosofía y Letras frente a la oposición de su padre, quien prefería que se preparase para dentista, a lo que ella se negaba rotundamente. Estas diferencias provocan que la joven esté dos años sin estudiar hasta que su padre cedió en parte, permitiéndole realizar la carrera que deseaba aunque por libre, en el mismo Bilbao, debiéndose examinar en Valladolid.

“En aquella época a las mujeres se les formaba para ser madres de familia, teniendo muy poca relación con los chicos y recibiendo una educación super-

ficial, de adorno. En este sentido, el deseo de Angela por estudiar una carrera se puede entender como rasgo de una fuerte personalidad, casi como una actitud sufragista para la época. Por otro lado, estudiar Filosofía y Letras en aquel entonces y más viviendo en Bilbao era también algo extrañísimo, como estudiar hoy en día astronauta, puesto que sólo se entendía como interesante lo que tenía una finalidad práctica”.

Si estudiar Filosofía y Letras era poco práctico, al menos era una carrera bastante aceptada para las mujeres. No así el derecho, que parecía vedado al sexo femenino desde hacía siglos. María de Maeztu, había vivido unos años antes, el rechazo en carne propia. En una entrevista que le hizo la periodista Josefina Carabias en junio de 1936, explicaba: “Yo era maestra en Bilbao. Pude conseguir una escuela siendo muy joven. En seguida me di cuenta de que para ejercer Magisterio tal y como yo lo entendía, era menester una formación más amplia que la de la Escuela Normal. Entonces decidí ingresar en la Universidad”.

Comenzó a estudiar Filosofía y Letras, también por libre porque trabajaba de maestra en Bilbao o ayudaba a su madre en el Colegio Maeztu. Pero tuvo que ir a Salamanca a examinarse. En el tren coincidía con los estudiantes de Deusto, que le miraban como un bicho raro y no paraban de hacer comentarios desfavorables hacia ella. María se tuvo que alojar en Salamanca en la propia casa de Miguel Unamuno, quien debía acompañarla hasta la puerta del aula donde tenían lugar los exámenes.

Para colmo, se le ocurrió la idea de estudiar, además, la carrera de Derecho. “Aunque no se lo dije a nadie, la noticia de que yo pensaba vestir la toga se extendió por Bilbao, y el Colegio de Abogados, reunido para examinar tan grave cuestión, acordó cerrarme las puertas, caso de que yo terminase la carrera, e instar a otros Colegios de España para que hicieran lo mismo. En vista de esto y de otras cosas, desistí de vestir la toga. El año 1909, acabada ya mi carrera, vine a Madrid a estudiar el Doctorado de Letras y la carrera superior de Magisterio”.

Como se ha explicado, en Madrid María Maeztu organizó la Residencia de Señoritas estudiantes como forma de paliar los graves impedimentos que existían para los estudios de la mujer. Quizá se hubiera instalado en ella Virginia Martínez del Castillo, como lo hizo Aurora Arnaiz, sólo un año mayor que ella (nació en 1915), pero el tiempo suficiente antes de que estallara la guerra, se clausurara la Residencia y María Maeztu se exiliara.

Y bien, como hay en la mesa hoy otras personas que van a glosar su biografía, me voy a detener aquí. He pretendido rodear a nuestra protagonista de otras mujeres de su tiempo. He intentado que se sienta acompañada, comprendida. En todo caso, recojo un sentimiento suyo como propio: sentirse una mujer moderna. Ella en su tiempo se sentía moderna, hoy, a los 84 años, se siente igualmente moderna. Y es que las personas nunca se pasan de moda. Gracias

Virginia por habernos permitido hoy recuperar algo de nuestro pasado y traerlo al presente de forma tan viva. Gracias por tu presencia.

Virginia Martínez del Castillo

Dr. Ricardo Miralles

Profesor de Historia Contemporánea de la UPV/EHU

Quisiera empezar expresando mi gran satisfacción por participar en este acto de hoy, merecidísimo homenaje a Virginia Martínez del Castillo (aunque para mí siempre será Kini), a quien conozco desde que yo tenía 17 años (es decir, hace la friolera de 27 años; así que entonces todos teníamos bastantes menos años). Quien nos iba a decir entonces que hoy íbamos a estar aquí, en los locales de la antigua Sociedad *El Sitio*, que yo conocí gracias a los relatos de Kini, bastantes años antes de venir yo a Bilbao a estudiar, primero, y a vivir, después. Al final, este es un mundo de intercambios: una bilbaína viviendo en San Sebastián; y un donostiarra viviendo en Bilbao: ese Bilbao que yo empecé a comprender y a querer, en gran parte, gracias a Kini.

Por todo lo que yo he podido entender de ella a lo largo de estos años, creo que Kini nunca ha dejado de ser bilbaína, ni tampoco de ser socio de *El Sitio*. Es más, yo diría que las dos constantes en la historia personal de Kini (en las muchas horas, probablemente cientos de horas -y no exajero- que hemos pasado juntos hablando) han sido siempre Bilbao y su sociedad *El Sitio*: en primer lugar, porque Bilbao y *El Sitio* fueron el escenario de su crecimiento personal (en su casa de la ría, frente al Ayuntamiento, a donde llegaba, puntual, el periódico *El Liberal*, con el que aprendió a leer; con su familia directa, sus padres y hermana, sus muchos primos y amigos, todos ellos inmersos en un mundo intelectualmente muy rico), y, en segundo lugar, porque Bilbao fue, a través de la sociedad *El Sitio*, el escenario de su integración cultural en la sociedad de los años treinta, antes de la guerra, aquella sociedad plena de ilusiones y de ansias de transformación cultural y política de España.

Después, en efecto, vino la guerra y la marcha a Inglaterra como una de las maestras responsables del grupo de niños que allí fue evacuado; más tarde el exilio en Francia, hasta el final de la lucha fratricida, y después la vuelta a un país que ya no era el suyo, y a una ciudad, San Sebastián, que tampoco era la suya. Kini se quedó sin Bilbao, y sin que lo que significó para ella, y, por extensión, para el liberalismo vasco del primer tercio de nuestro siglo: un mundo de integración cultural, de agregación, de síntesis, y abierto, muy abierto, por oposición a ese mundo de exclusión, y terriblemente agresivo que nacía en 1939.

Entonces Kini, como muchos de los hombres y mujeres que tuvieron alguna relevancia en los años treinta, debió refugiarse en el anonimato, y atravesar, lo mejor que pudo, los peores años del primer franquismo.

Sólo a mediados de los años sesenta fue posible reclamar un poco de espacio público para los que habían sido silenciados, y pudo Kini salir a la luz con una novela, *La tumba del beteo*¹, que se alzó en 1968 como finalista en el pri-

mer Premio Villa de Bilbao. Es decir, por fin volvía a Bilbao, a su historia (la de Bilbao y la suya), a sus recuerdos y a la reconstrucción de un mundo que fue, y que había desaparecido para siempre, el mundo que había cobijado el crecimiento industrial vizcaíno, y su modernización social y política.

Como amigo de Kini podría hablar horas sobre ella y su mundo; como historiador, en cambio, he optado por hacerlo desde la perspectiva de los materiales de la memoria que nos ofrece su novela. Porque yo creo que *La tumba del beteo* es una novela de la memoria, en la que vuelven a estar presentes, como vengo diciendo, las dos perspectivas formadoras de Kini: Bilbao y su sociedad liberal, con el añadido de una tercera, que no he destacado hasta ahora, pero que forma parte consustancial de ella, y que es irrenunciable, su condición de mujer. Este es el tercer pie que nos faltaba para que la mesita se tuviera en pie: Bilbao, *El Sitio*, y la mujer.

Debo decir que, en el caso de Kini, su condición de mujer es una condición de protagonista, es decir, de su actuar como mujer, que fue en realidad lo que dio cien patadas a la sociedad liberal, pero bastante misógina, de entonces (ya sabemos que cuando por fin pudo entrar en la Sociedad *El Sitio* causó el desagrado de mucho bienpensante que se marchó de ella). Pues bien, esta característica está presente, de principio a fin, de su novela.

La novela, en sí misma, es una recreación de esos tres pilares:

Primero Bilbao y su sociedad (es decir, su historia): «Vino la República. La I primera República» (p. 17); después, en el «74 (comenzó) la segunda guerra carlista y Bilbao fue sitiado» (y Kini describe el hambre y la escasez, pero también el valor de sus Auxiliares, («sin color ni grito, (...) defensores, de (aquel) pueblo invicto...»); que lo celebró después cada 2 de mayo, subiendo las calzadas de Mallona (p. 22). Todo está ahí, en la novela; como aparece también evocada la guerra de Cuba, con «la malaria, las marismas...», y todas las muertes inútiles (p. 69).

Pero lo característico de aquella sociedad, en la que se abrió paso la familia Berrocal, verdadera saga familiar del Bilbao de entresiglos, fue la industrialización: «Escucha Antonia -le dice Baudilio, padre de Abel, protagonista de la novela, a su mujer-, me han dicho que en Vizcaya hay mucho trabajo; están construyendo fábricas, pagan unos jornales como no se han conocido nunca por estas tierras (estaban entonces en Valladolid). Son muchos los que se van, también nosotros iremos» (p. 106). Y, en efecto, fueron, como fueron muchísimos hombres y mujeres de media España a trabajar a las minas y a las nuevas

¹ Virginia Martínez del Castillo, *La tumba del beteo*, Comunicación Literaria de Autores, Bilbao, 1969.

fábricas que surgían en torno a Bilbao, para ponerse en contacto con el nuevo mundo industrial, y con sus nuevas ideas: fue una «época de grandes luchas políticas. Con la creación de las fábricas y la gran afluencia de obreros de todas partes, el socialismo iba tomando auge en Vizcaya. Aún esta(ba)n bastante recientes las huelgas de la zona minera de Gallarta y Ortuella que tuvieron características casi de guerra civil -como las calificaron más tarde los historiadores Juan Pablo Fusi e Ignacio Olábarri, sin conocer el libro de Kini, con toda seguridad-y en las que el Gobierno tuvo previsión hasta de sacar los cañones a la calle.» (p. 46). «Vizcaya, ya se sabe, muchos obreros, el eterno descontento, la clásica pugna del que nada tiene, socialismo...» (p. 126).

Y al lado de las nuevas ideas, el surgimiento también de la hostilidad hacia el recién llegado, como el que sintió Abel el primer día que fue al mercado de la Ribera, a ganarse cuatro perras, antes de llegarse hasta la Escuela municipal de Achuri: «¡maqueto, mas que maqueto!» (p. 111:). Abel, «Desde el primer momento se sintió hijo espiritual de aquel país y envidió a los que habían tenido el privilegio de haber nacido en él. (Pero) El insulto que más le dolía era el de maqueto, pues notaba el sentido peyorativo que ponían en él los nativos, para despreciar a los forasteros»...

En su primera residencia, en cambio, de la margen izquierda de la ría: «ya estaban acostumbrados a recibir gente de todas las regiones españolas, que iban llegando en oleadas sucesivas, y no miraban tan despectivamente a los maquetos, pues, en realidad, ya lo eran casi todos los habitantes del pueblo. Por otra parte, en toda la zona de las Encartaciones, apenas se ha hablado el vascuence, con lo cual, la diferencia entre nativos y los forasteros, ha sido, siempre, menos patente. Sin embargo, tampoco en Bilbao se ha hablado apenas el vasco, lo cual no ha impedido que los naturales se sientan como raza superior de los que iban llegando de otras regiones; luego, no era cuestión de idioma y sí de política, lo cual no deja de ser algo adyacente, postizo y no consustancia al psicología de los pueblos». No deja de ser éste un buen diagnóstico sobre el primer nacionalismo vasco (p.115).

Más tarde vino la I Guerra Mundial, y «lo que fue la muerte para millones de hombre, fue la fortuna para unos cuantos. (...) Hierros, navieras, la Bolsa...», ya se sabe (p. 239).

Y como marco de toda la historia, Bilbao, la luz de Bilbao, «esa luz que muchos califican de triste, pero que cobra una gran belleza en los atardeceres neblinosos; (cuando) las pequeñas gotas del sirimiri toman irisaciones plateadas con reflejos malvas, rosados, y las casas y el suelo, negros de hollín, que, a la luz del sol parecen tan sucios, adquieren un brillo charolado que contrasta con el rojo del cielo, iluminado por los resplandores producidos por el inmenso rescoldo de los hornos altos de las fábricas» (p. 114). Probablemente ese era el Bilbao de entonces, el Bilbao prototípico de la industrialización, en el que se voceaba por las calles, al atardecer, los diarios vespertinos, *El Nervión* y *La*

Tarde, y que Abel podía escuchar desde su casa del muelle, la casa de Kini en realidad.

Como en la vida personal de Kini, la mujer, las mujeres, son las protagonistas de esta historia (de la novela, y, probablemente, de la sociedad del cambio de siglo). A mí me ha extrañado que Kini interprete su novela otorgando a Abel el carácter de protagonista: al contrario, yo creo que el fundamento de la novela son las mujeres: Doña Paula, y sus hijas, Eloísa y, en menor medida, Mírthea; pero también Teresa e Isabel. En cambio, los hombres (incluido Abel) son sólo un referente, personajes más inconsistentes, no sé si sólo literariamente o por su naturaleza masculina. En fin, todo es posible ...

Kini me decía: «Hay que escribir así: llorando unas veces y riendo otras»; ¡claro!, como la madre que ayuda a crecer a sus hijos: «Se escribe con las entrañas»; ¡sí! como sólo puede hacer una mujer, probablemente... Es decir, Kini no relega a un lugar secundario su condición de mujer, al contrario, la antepone a cualquier cosa. Como la anteponen, a cualquier otra cosa, Doña Paula, que «tenía varios ídolos: uno, (nada menos que) Clara Campoamor...» (p. 38); o como Santa Teresa, a la que Kini, dos veces en el texto, la destaca como mujer ejemplar, antes que santa (p. 74).

«Dios prueba a los fuertes -dice doña Paula-, y a nadie da más de lo que puede soportar» (p. 211). Pues bien, en la novela son las mujeres las que son probadas, las que sostienen a la familia, las que contienen las ansias de unos y otros, y no los hombres: Claro que «Como el hombre se ha atribuido a sí mismo el papel de cerebro, fuerza y mando, la mujer se ha vengado haciendo creer a su pareja que es la depositaria de la ternura, la sensibilidad y todas las cualidades del amor y la dulzura. En realidad, la mujer es mucho menos sentimental que el hombre, más dura y realista.» (p. 78). «La mujer no tenía por qué saber esas cosas (leer, escribir), ¿qué falta le hacían para parir, amasar el pan, cuidar de los cerdos, etc? Un etcétera que abarcaba todas las actividades de la comunidad, aunque sea el hombre el que se haya llevado siempre la gloria de ser el sustentador de la familia? (p.101).

No cabe duda, *La tumba del beteo* es una novela hecha por unas mujeres extraordinarias: tan es así que cuando mueren las mujeres, muere la novela. Sin ellas no hay historia.

Kini también es una mujer extraordinaria, en el doble sentido de ser poco común y de ser notable. Sin ella, y sin otras como ella, la sociedad de hombres y mujeres no habría avanzado. La prueba es este merecido homenaje, hecho en el marco de la antigua Sociedad *El Sitio*, de donde algunos se fueron por el escándalo de admitir en su seno a una mujer, pero a la que hoy volvemos precisamente para celebrarlo.